

les inmolados sobre el altar no inundaba el patio del Tabernáculo. ¿Quién le asegura que los animales no fueran degollados fuera del patio y traídos sucesivamente al sacerdote delante del altar? Todas esas diferencias son reducidas á números por el doctor Colenso con el auxilio de su procedimiento aritmético ordinario, y del resultado de sus cálculos infiere sin empacho alguno que el Pentateuco nos cuenta imposibles, que es por consiguiente antehistórico é infiel.

Mas demos término aquí á esa caza de las sombras (tal es el nombre que se le ha dado), dice el arcediano Prak. Si esos son los únicos resultados que M. Colenso ha obtenido del empleo de los últimos refinamientos del racionalismo alemán, por más que él estuviera animado de un espíritu eminentemente propenso hácia el escepticismo del día, es incontestable que el acuerdo de la revelacion y de la ciencia sale enteramente triunfante de esos ataques atrevidos, y desafia más que nunca todos los esfuerzos intentados para aminorarlo. Repitémoslo todavía; es verdaderamente asombroso que el obispo de Natal pretenda hoy acusar al Pentateuco de error por algunas dificultades de detalle, que, desde tres mil años acá, han sido observadas de todo el mundo y no han impedido la fe de nadie en la verdad é inspiracion de este Libro divino. Sus objeciones, tan peligrosas para las inteligencias mal ilustradas y propensas al escepticismo, las más de las veces frívolas hasta el extremo y enteramente indignas de un teólogo cristiano, no merecen de ninguna manera ser refutadas: ellas solo tienen algun valor por el puesto importante que él ocupa en la Iglesia anglicana; mas no han hecho y no harán en realidad otra cosa que volver más sólidos los fundamentos sobre los cuales estriban la verdad é inspiracion de los Libros santos. Este es el caso de leer de nuevo (tomo II, pág. 212) la protesta ó declaracion que doscientos diez amigos de la ciencia y de la fe opusieron en 1864 á los atrevimientos del pobre obispo. Dicha protesta terminaba así: «Lejos de detenerse en las di-

ferencias aparentes entre la ciencia y las divinas Escrituras, toda inteligencia sabia solo debe fijarse en el punto en que entrambas están de acuerdo.» ¡Eso es cierto, pero no es bastante!

Con la experiencia tan luminosa de lo pasado, ¿no es acaso irracional en el más alto grado y contrario al verdadero espíritu filosófico el tocar á rebato á cada nueva aparicion de un antagonismo entre la palabra y las obras de Dios? ¿Por ventura, en el progreso incesante de la verdad, los sabios no se han visto obligados muchísimas veces á abandonar aquellas teorías que les parecían las más plausibles y mejor fundadas, porque no correspondían asaz perfectamente á las exigencias de los hechos? Jamás fueron las anomalías y las oposiciones las que las derribaron; estas no licieron, por el contrario, más que excitar los ánimos á la investigación de una luz más pura, de un acuerdo más perfecto con los hechos hasta entonces ocultos. ¿Por qué, pues, no deberemos dejarnos guiar por el mismo espíritu de espectacion paciente y de confianza sin límites, siempre que se trata de las santas Escrituras, sobre todo siempre que recordamos los trofeos de las victorias que alcanzaron en los conflictos anteriores? Teniendo á nuestra vista la historia de los combates y triunfos del pasado, por terribles que puedan ser las dificultades del porvenir, detengámonos con calma y esperemos la luz que no tardará en llegar; no olvidemos que se trata de esos mismos enemigos que ya en tantas otras ocasiones se han convertido para nosotros en amigos. Seamos sóbrios en razonamientos y pesémoslos con madurez; sobre todo no vayamos á suponer, no temamos que las santas Escrituras, palabra inspirada por Dios, y la ciencia, cuyo gran fin debe ser el celebrar la gloria de sus obras, puedan dejar de usar el mismo lenguaje sobre las materias que abordan en comun. Así termina el arcediano Prak, el sabio autor del tratado de las *Atracciones*, de las *Funciones* de Laplace y de la *Figura de la tierra*.



Yo no llevaré más allá la demostración de la verdad absoluta de los Libros santos, que me parece establecida casi hasta el exceso, y pongo fin á estos largos capítulos con esta bella peroración del abate M. Darras (*Historia de la Iglesia*, tomo III, pág. 105); es imposible concluir mejor: «Estos peranceses de la exegesis incrédula siquiera servirán para volver más circunspectos á los futuros racionalistas? Bien quisierámos poder esperarlos; mas echando una ojeada hácia atrás y contando unos tras otros á todos los adversarios de nuestros Libros santos que vinieron sucesivamente á lanzar su grano de arena contra la inmutable roca de la palabra divina, presumimos que esas rebeldías de la inteligencia humana no han de cesar jamás. Así, pues, á pesar de tantos esfuerzos impotentes, otros brazos se levantarán todavía; á pesar de tantas derrotas, otros impugnadores surgirán á su vez; la lucha durará hasta la consumación de los siglos. Mas Dios, que tenía reservados para nuestra época algunos testimonios sepultados en el olvido desde tres mil años, suscitará otros en la sucesión de las edades. ¡Qué de pingües mieses todavía desconocidas no quedan para recoger en el dominio del pasado! ¡Cuántos tesoros, ocultos ahora bajo los restos de las civilizaciones extinguidas, el porvenir verá desenterrar en la hora señalada para el triunfo de la verdad y de la fé bíblica! ¿Acaso no ha de sernos permitido el hacer constar desde ahora que cada uno de los descubrimientos, tan laboriosamente ejecutados en todos los ramos de las ciencias humanas, es la más ostensible é inesperada confirmación de los más controvertidos textos de nuestros Libros santos? Así ha sucedido desde Porfirio hasta nuestros días. Pues bien, ensáyese de someter á semejante crisol y al través de una sucesión de siglos la obra más perfecta del género humano; entréguese la á la apasionada y parcial crítica de la cual la Biblia ha sido el objeto, ¿cuál es el Platon, el Aristóteles, el Tácito, el Bossuet, una de cuyas obras subsistiera por entero? Y no obstante la Biblia permanece en pie triun-

fante é inmortal. Y á medida que la mano de los demoleedores ha ido socavando en torno de los cimientos del edificio para desarraigarlos, ella ha encontrado allí mismo nuevos estribos siempre indestructibles. ¡Racionalistas! Vosotros no creéis en los milagros, y vosotros mismos sois el más asombroso de los milagros. Vosotros os venís sucediendo hace veinte siglos, unas legiones amontonadas sobre otras legiones, para derribar un libro escrito en antiguos tiempos por algunos hebreos, en una pequeña provincia del Asia, cuyo nombre los griegos y los romanos supieron apenas! Todas las pasiones humanas son aliadas vuestras en esta guerra. ¡Tantos libros fueron destruidos ya, y vosotros no habeis logrado destruir aquel! En verdad eso es un prodigio.» ¡Esplendor! ¡esplendor!

En sus ataques contra la inspiración y veracidad de los sagrados Libros, el obispo anglicano Colenso ha sido débil hasta el ridículo. Otro de los adversarios de la Biblia y del Nuevo Testamento ha encontrado el secreto de llevar el odio hasta la extravagancia. Quiero hablar de M. Juan Jacolliot, el osado autor de la *Biblia en la India* y de la *Vida de Jesus-Christus*. Este escritor trata de probar en el primero de dichos libros que todos los hechos del Antiguo Testamento solo tuvieron realidad en la India, que ellos no fueron en la Palestina más que unos mitos ó leyendas orientales. En su segundo libro, página 8, tales son sus odiosas palabras: «que la Encarnación que se adora en Roma no es más que un reflejo de aquella que se honra en la India; que el Cristo no existió jamás, tal como sus historiadores interesados nos lo pintan; y que los evangelistas no hicieron más que atribuir á uno de los suyos, ó á un sér imaginario, milagrosas aventuras copiadas por ellos de los Libros sagrados de los confines de Oriente.» Yo me guardaré muy mucho de hacer el menor caso de las aserciones desverganzadas de un hombre que fuera sin duda el primero que se reiría, si se tomara su lenguaje por lo sério. A tamañas aberraciones



de espíritu sólo se contesta con la cruel expresión del filósofo griego: «Ordeña tú la cabra, si así te parece, pero no me obligues á mí á sostener el jarro.»

Los hechos del Antiguo y Nuevo Testamento, identificados con el suelo de la Judea, monumentalizados ó materializados mil veces, conforme lo hemos hecho ver hasta la evidencia, han llegado hasta nosotros con toda su realidad, con todo su esplendor por una sucesión no interrumpida. El suponer que pudiera disputarse su realidad de índole y origen fuera suponer que en el pleno día puede negarse la realidad de la luz ó la existencia misma del sol. El refutar la tesis de M. Jacolliot fuera suponer que ella estriba sobre algun fundamento, mientras que, siendo vacía, estriba sobre el vacío.

Limitémonos, pues, á decir: 1.º que la edad de los Vedas, lejos de remontarse á doce ó quince mil años, como afirma M. Jacolliot, solo se remonta á algunos siglos antes ó aun despues de nuestra era. Manú mismo, que M. Jacolliot hace viejo de más de veinte mil años, nos revela su edad por medio de una observacion ó una época astronómica cuyo principio, segun lo ha probado el abate M. Guerin, data del año 325 despues de Jesucristo; 2.º es un hecho atestiguado por mil testimonios auténticos que los brahmas ó Pandous son unos grandes forjadores de leyendas; que, al trascribir sus libros sagrados, siempre añadieron y añaden todavía algunos relatos nuevos, que ellos refunden con los textos primitivos; y que á esa superchería deben atribuirse la mayor parte de las semejanzas entre los Vedas y la Biblia ó el Nuevo Testamento; 3.º es cierto que muchos hechos bíblicos ó evangélicos, más ó menos desfigurados, se encuentran y deben encontrarse en los Vedas, puesto que los primeros habitantes de la India fueron los descendientes de Noé, y el cristianismo penetró en la India inmediatamente despues de la muerte de Jesucristo; 4.º á juicio de todos los indianistas concienzudos, M. Jacolliot carece por completo de ciencia real. M. Foucaux no vacila en echarle en cara como un atentado grave con-

tra la filología ó la filosofía de las lenguas el haber transformado en *Christna*, nombre enteramente quimérico, el nombre de Krichna que lleva un rio de la India. La *h* añadida es una falsedad, puesto que la palabra sanscrita no contiene aspiracion alguna; la raiz *Khris* no existe, y, aun admitiendo la existencia de esta raiz, la adición de la *t* fuera injustificable é inexorable. El *Christna* de la India es, pues, una odiosa impostura.

